



LECTURAS

Josefina Guerineau

Niña de octubre

Linda Boström Knausgard

Traducción de Rosalía Sáez, Gatopardo Ediciones, 2022.

En esta oportunidad nos adentraremos en una novela cruda y de duelo, en un ejercicio de escritura que funcionó como salvoconducto para la propia identidad de la autora, quien, a través de su relato, realiza una denuncia de abuso a una de las prácticas psiquiátricas más controvertidas como lo es la terapia electroconvulsiva. Linda Boström, nació en Estocolmo en el año 1972. Con el correr del tiempo, se transformó en escritora, madre y paciente psiquiátrica. Escribió varias obras, pero ninguna de ellas fue tan esperada como *Niña de octubre*. El mundo literario escandinavo consideraba que este relato se transformaría en la contracara de aquel retrato cruel y dramático que realizó su exesposo (y escritor noruego) en uno de sus libros más reconocidos.

Sin embargo, logrando esquivar cualquier atisbo de exageración, la autora insiste en que su novela no intenta ser puramente autobiográfica, sino que busca, a través de la intimidad de su experiencia, darle visibilidad a la psiquiatría de su país haciendo foco en la terapia de “electrochoque”.

Boström fue diagnosticada con trastorno bipolar al igual que el personaje de su obra, que describe la depresión como aquel estado “donde no hay palabras, donde no hay conciencia, solo ese sueño apático mañana, tarde, noche y la angustia que envuelve cada célula”. A raíz de su profunda tristeza, la autora fue internada en varias oportunidades en un centro psiquiátrico sueco.

Es en la “fábrica” (así decidió nombrar a la clínica donde permaneció internada) en la cual fue sometida en contra de su voluntad a la terapia electroconvulsiva: “Me gustaría poder contarle todo acerca de la fábrica. Ya no puedo. Pronto no recordaré mis días ni mis noches ni por qué nací. Solo puedo decir que estuve allí durante varios periodos de diversa duración entre el 2013 y el 2017

y que sometieron mi cerebro a tal cantidad de corriente eléctrica que estaban seguros de que no sería capaz de escribir esto”.

La escritora expone en su obra, una época en la cual en la medicina primaba el resultado por sobre el propio sujeto: “Todos querían obtener resultados y los resultados se obtenían con ayuda del famoso tratamiento de electrochoque que era la respuesta a los padecimientos de todo individuo. Allí arrasaban como querían y si alguien lo dejaba, siempre lo podían explicar diciendo que la persona en cuestión no respondía al tratamiento”.

Asimismo, relata cómo se promocionaba la práctica del electrochoque: “Decían que la terapia era suave y que podía compararse a reiniciar un ordenador. En serio utilizaban ese tiempo de símiles lamentables. Era un lenguaje creado por quienes piensan que el sufrimiento de una persona puede aliviarse así y estaban tan acostumbrados a usarlo que una intervención se convertiría en algo que olvidaban con la misma facilidad que la última mentira”.

La protagonista define a la experiencia del electrochoque como “beber oscuridad” y describe detalladamente el paso a paso del terror: “Era importante que el paciente que entraba en la sala no viera a los durmientes. Era importante no asustar a nadie que fuera a recibir aquella terapia tan ligera, pero yo había visto a los durmientes muchas veces pese a todo, y la idea de que pronto yacería allí como uno más, ignorante de lo que me ocurriría, me asustaba más que la corriente misma”.

A lo largo de su odisea, Boström hace referencia a uno de los efectos adversos más frecuentes (y dañinos, a su entender) de la terapia electroconvulsiva: “Todos estaban de acuerdo en que la memoria se ve profundamente afectada. Todos”.

La obra refleja la implicancia de los recuerdos y su valor en la construcción de una identidad. Boström

recorre con un esfuerzo abismal las historias de su juventud, sus hijos, su vocación literaria, su hogar y su dolorosa separación logrando conmovernos en su intento de vertebrar el relato de su vida y poder así salvarse de las garras del propio olvido: *“Le dije que era escritora y que necesitaba de mis recuerdos. Una profesión pésima. Ningún alivio. Ningún consuelo. Ningún descanso. Ninguna alegría. Solo vivos recuerdos del lugar en el que escribí, fantasías y palabras que a veces daban en el clavo. Escribía tan de tarde en tarde que era ridículo llamarme escritora, pero en cualquier caso eso era lo que hacía. ¿Y qué iba a hacer una escritora sin memoria?”*.

La posibilidad de no lograr recuperar la totalidad de los recuerdos es para Boström una derrota. Es la imposibilidad de retener los hilos que la unen al mundo exterior y con su propia historia: *“Entonces me miró por primera vez y me dijo que los recuerdos vuelven. Siempre vuelven. Tarde o temprano. Quizá no todos, segu-*

ro que no todos, pero es difícil, sino imposible, encontrar un tratamiento sin efectos secundarios de ningún tipo, como seguramente comprenderás. Siempre puedes inventarlos, eso es lo que hacen los escritores ¿no?”.

La protagonista describe un sufrimiento no solo producto de la propia enfermedad, sino también resultado del tratamiento: *“La soledad era muy intensa y no se me ocurría cómo vivir la vida sola, así que me convertí en alguien que vivía la vida de nadie. No era nadie. Hacía como que vivía, claro, pero no vivía de verdad”*.

Niña de octubre no solo es el relato de una lucha personal ante la posibilidad de vivir sin recuerdos, sino también una narrativa de denuncia que busca exponer prácticas de la locura frecuentemente invisibilizadas. La novela permite reflexionar sobre la relevancia de las historias personales como piedra angular de cualquier proceso terapéutico.